

INFORME SOBRE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(II)

Buero Vallejo y Carlos Clavería ocupan los dos últimos sillones académicos de los 36 que existen



D. Rafael Lapesa, Secretario de la Real Academia Española. FOTO EFE.

MENOS DE MIL PESETAS AL MES ES EL SUELDO ACTUAL DE UN ACADEMICO

Por DANIEL SUEIRO

El segundo objetivo inicial de la Academia Española, la composición de una «Gramática», se cumplió pronto, al menos en su parte más importante, que era la apremiante necesidad de unificar el modo de escribir las palabras del castellano, tanto en el propio país como en las entonces colonias ultramarinas. En 1741, en efecto, se publica la primera «Ortografía» de nuestra lengua, de la que casi dos siglos después, al inaugurar en 1928 la Exposición de todas las obras hasta entonces publicadas por la Academia, diría el célebre Coello que era «la más perfecta en Europa y América». La octava edición de esta «Ortografía», de 1815, contiene ya casi toda la doctrina actual sobre la materia, y desde entonces se han hecho otras muchas, siendo la última edición la de 1969. Del compendio o «Prontuario de Ortografía» que se hizo en 1844, han sido impresas ya hasta la fecha, con las actualizaciones pertinentes, cerca de 50 ediciones con tiradas cuantiosas siempre muy bien recibidas por el público.

La «Gramática» de la Academia, como libro científico y exlicta los principios y leyes que rigen nuestro idioma, no aparece hasta 1771. Su 30.ª edición, hasta ahora la última, salió en 1962, y constituye una impresión reformada de la edición de 1931. Un «Compendio de Gramática española», más accesible para mayor número de personas, ya por la 40.ª edición, y del «Epítome de Aboloxia y Sintaxis», otra publicación de la Real Academia para la enseñanza, se han hecho cerca de un centenar de ediciones desde lapri mera, en 1857, siempre con tiradas que suelen sobrepasar los cien mil ejemplares en cada caso.

También acometió la Academia sus comienzos la publicación monumental del «Quijote», célebre aún hoy y apreciada cada día más por la belleza y suntuosidad de la impresión de Ibarra, el gran tipógrafo de Madrid, obra de la que se han hecho nuevas y sucesivas ediciones. En 1971, la Real Academia dio por otra parte una edición completa y en facsímil, en 7 volúmenes, de todas las obras de Cervantes. Y a su lado, en la «Biblioteca selecta de clásicos españoles», han sido editadas obras de Lope de Vega, Calderón, Ruiz de Alarcón, Juan del Encina, Lope de Rueda, Baltasar del Alcázar, etc., desde que en 1866 saliera de las planchas «La Araucana», de Alonso de Ercilla, inaugurando esta rica colección.

Publica también la Academia en los numerosos tomos de sus «Memorias» artículos y discursos de sus miembros, de un interés científico e histórico insospechado, así como el «Boletín» bimensual es que se recoge el trabajo concreto de las sesiones semanales, en tanto no es incorporado a las nuevas ediciones de sus correspondientes grandes obras, y noticias de índole cultural y académica. Es notable también la «Antología de poetas americanos» preparada por don Marcelino Menéndez Pelayo y editada en 4 volúmenes.

AUTENTICO MONUMENTO. — Una de las empresas de mayor

envergadura afrontadas por la Real Academia en toda su historia es sin duda la que ocupa actualmente no sólo a muchos de sus miembros, sino a numerosas personas (profesores, literatos y técnicos agrupados en el «Seminario de Lexicografía», fundado en 1946) en la confección del «Diccionario Histórico de la Lengua Española», tarea acometida ya en 1924 con la publicación de sus dos primeros tomos, —el tercero, en prensa se quemó accidentalmente—, pero replanteada de nuevo desde sus comienzos por la vitalidad del director don Ramón Menéndez Pidal, gran historiador y filólogo fallecido hace dos años a los 99 de edad, y por la tenacidad de don Julio Casares, o plasmada desde 1960 con la aparición de su primer fascículo —El «Diccionario de autoridades»— escribía Casares en uno de sus famosos artículos de divulgación en la prensa española—, partió para hacer su inventario de mediados del siglo XIII y llegó hasta fines del XVII. El «Diccionario Histórico» empieza a recoger material en el siglo VIII y continúa el espiguelo hasta nuestros días, lo que supone cuatro siglos más hacia los orígenes y dos y medio en la época moderna.

¿Por qué se llama «histórico» el nuevo Diccionario?, se pregunta el mismo académico. «Dicho en pocas palabras, porque en él se combina la fecha de aparición de las acepciones con la evolución genética que hace nacer unas de otras (...) Se podrá seguir a sí paso a paso la biografía de una voz o de una acepción desde que nace hasta que muere o hasta que, como el Guadiana, desaparece para seguir pujante varios siglos después».

¿Cuándo estará concluido este monumento de nuestra lengua? El último fascículo aparecido, el noveno, data de enero de 1971; su periodicidad media es —o venía siendo—, de un fascículo por año, aproximadamente, la última palabra estudiada en ese 9.º fascículo es «ajarafe», es decir azotes, y se calcula que los fascículos del primer tomo llegarán hasta la mitad de la primera letra. La «A». Difícil es hoy día vaticinar el número de tomos y fascículos de que constará esta obra única, así como la fecha en que se estampará la referencia más reciente de la última voz de la «Z», que hoy por hoy es la palabra «zuzón», que significa «hierba cana», o sea «planta herbácea de las compuestas».

PREMIOS. — Para excitar a la juventud al cultivo de las letras, la Academia lanzaba sus primeras convocatorias de premios literarios, tan prodigados hoy día, en el año 1777, y como primer fruto apareció, al año siguiente la obra de Vaca de Guzmán «Las naves de Cortés destruidas». Desde entonces han sido muchos los autores españoles de significación que ostentan el galardón de algunos de los premios académicos: «Fastenrath», «Cartagena», Espinosa Cortina, «Piquer», «Alba», «Castillo de Chirel», «Llorente». Y entre ellos destacan por más conocidas e ilustres Fernández de Moratín, Forner, Iriarte, Menéndez Valdés, Echegaray, etc.

Existió asimismo el «Premio hispanoamericano», instituido en 1919 para enaltecer a la mejor obra publicada en la América hispana cada año, y obtenido por vez primera en 1920 por el escritor Roberto Espinosa.

«UN DURO POR SESION Y BARBA». — Hay gente que piensa que ingresar en la Academia de la Lengua constituye una meta para la persona elegida, como un premio a una labor que ha llegado a su cénit, cuando en realidad se trata en cierto modo del comienzo de una nueva y ardua tarea, para hacer verdadero el lema ennobecedor del idioma a que se compromete todo nuevo académico al aceptar semejante responsabilidad. Incluso en los comienzos de la Corporación, algunos de cuyos miembros eran elegidos por cultos y trabajadores más que por escritores de estilo, hubo de darse el caso de la expulsión de más de un académico a causa de su total ausencia a las reuniones o su irresponsabilidad en el trabajo encomendado. Y es reciente, de 1961, la disposición que permite a un académico residir habitualmente fuera de Madrid, requisito que tenía su razón de ser en una época sin medios de comunicación rápida que, como ahora, permiten la puntual asistencia a las sesiones viajando desde cualquier punto del país. Más salvo aquellos casos excepcionales, la laboriosidad de la Real Academia, bien patente en sus obras, no ha sido desmentida en modo alguno a lo largo de sus 257 años de vida, y en ella alcanzaron muchos de los 397 miembros con que contó hasta ahora fructífera longevidad.

A los 24 académicos numerarios de los principios se añadieron pronto otros tantos como supernumerarios o aspirantes, quedando fijado para siempre en 36 el número de plazas efectivas desde la reforma de los Estatutos de 1848, que suprimió la clase de académicos supernumerarios y reserva la de los honorarios, de nueva creación, para literatos extranjeros. En la misma fecha comienza la publicación en las recepciones de nuevos académicos, hasta entonces privadas, con la sesión en que son recibidos conjuntamente Hartzembusch, Pastor Díaz y Oliván, a cuyos discursos responde con otro el entonces director Martínez de la Rosa.

Se dividían aquellos primeros miembros honorarios en antiguos y modernos por razón de gajes, «que consistían en la cantidad de un duro por sesión y barba», punto en el que el Reglamento de 1861 establece una distinción de dietas simples, dobles o triples, según escalafón, sobre los 20 reales del mínimo. Hoy día tampoco se puede decir que el aspecto económico sea un aliciente para ingresar en la docta casa: un académico con un buen puesto en el escalafón —que refleja el número total de asistencias a las juntas semanales— cobra unos cincuenta duros por sesión, menos de mil pesetas al mes.

LOS ACADEMICOS. — ¿Quiénes son estas personas que tan gallanamente asumen la responsabilidad de velar por el idioma que todos hablamos? Generalmente son hombres muy cultos que se han distinguido en el conocimiento y dominio de ese lenguaje y en su aplicación literaria a través de sus obras personales. Hay algunos que son verdaderos sabios, con la sabiduría más apreciada en la Academia: la de la vida y el sentido profundo de la lengua, uno de los primeros dones del hombre. Pero no todos son literatos o escritores en el sentido estético o profesional del término, ni es preciso que lo sean, ni siquiera conveniente en un conjunto de personas que han de dominar todos los campos del lenguaje. Así al lado de un poeta se sienta un marino, al lado de un dramaturgo un catedrático de Medicina o de Derecho, al lado de un novelista se sienta un obispo o un cardenal, al lado de un matemático o un físico, un filólogo, un gramático o un similar.

Dicen los viejos estatutos que los aspirantes a académicos han de ser, ante todo, «personas decentes». «Amantes de las glorias españolas y versados en estudios humanísticos». Al memorial presentado por el propio peticionario ante el director, previo a la votación secreta, sucedió (Reglamento de 1861) la fórmula de ser presentado al candidato en propuesta firmada por tres académicos de número, que al ser aceptados es igualmente sometida a votación mediante papeletas, sistema que es el que se sigue en la actualidad.

Así han sido elegidos los académicos que hoy ocupan sus respectivos sillones, mencionados a continuación siguiendo el abecedario e indicando después de cada nombre el año de su

ingreso o elección y el campo fundamental de su actividad profesional.

Sillón A, Vicente García Diego (1962), lingüista. B, Narciso Alonso Cortés (1945), filólogo y catedrático (jubilado). C, Luis Rosales (1962), poeta. D, Alonso Zamora Vicente (1966), catedrático de Filología románica y escritor. E, Juan Ignacio Luca de Tena (1945), autor teatral. F, Manuel Halcón (1962), novelista. G, José María de Cossío (1947), escritos. H, Martín de Riqués (1964), Catedrático de Literatura y ensayista. I, Gerardo Diego (1947), poeta y catedrático. J, Antonio Tovar (1967), latinista, escritor, catedrático. K, Samuel Gili Gaya (1961), gramático. L, Eugenio Montes (1940), escritor. M, Salvador de Madariaga (1938) escritor. N, Francisco Javier Sánchez Cantón (1949), catedrático de arte y ensayista. O, Vicente Aleixandre (1949), poeta. P, Guillermo Díaz-Plaja (1967), escritor. Q, Camilo José Cela (1959), novelista. R, Luis Martínez Kleiser (1945), escritor. S, Julián Marías (1964), filósofo. T, Carlos Clavería (1971), lingüista. U, Alfonso García Valdecasas (1963), catedrático de Derecho y abogado. V, Emilio García Gómez (1945), arabista. X, Antonio Buero Vallejo (1971), dramaturgo. Z, Salvador Fernández Ramírez (1965), gramático. a, Juan Antonio de Zunzunegui (1957), novelista. b, Sr. Cardenal Dr. Vicente Enrique y Tarancón (1969), teólogo. c, Pedro Sáinz Rodríguez (1938), investigador y catedrático (jubilado). d, Dámaso Alonso (1945), poeta y catedrático, director de la Academia. e, Julio Guillén (1963), contra-almirante y escritor. g, Antonio Colino López (1970), científico. h, Tomás Navarro Tomás (1935), gramático. i, José María Pemán, (1936), escritor. j, Pedro Lain Entralgo (1953), catedrático de Historia de la Medicina y escritor. k, Rafael Lapesa, (1950), catedrático de Lengua. l, Joaquín Calvo Sotelo (1955), autor teatral.

De los actuales, el académico más antiguo es García de Diego, que ocupa el primer lugar en el escalafón, con más de 1.100 asistencias, y el más moderno, Clavería. Todos ellos viven habitualmente en Madrid, excepto el Cardenal Primado, que reside en Toledo; Alonso Cortés, en Valladolid; Cela, en Palma de Mallorca, y Pemán, entre Cádiz y Madrid. De los académicos que viven en el extranjero Navarro Tomas en EE. UU., Montes en Italia, y Madariaga y Clavería en Inglaterra, estos tres últimos no han tomado posesión de sus respectivos sillones, lo mismo que Sáinz Rodríguez ni hasta ahora Colino López, ni Buero Vallejo.

Aunque no se hable comúnmente de ello, es conocida la buena suerte que se le atribuye al sillón con la «J», actualmente ocupada por Tovar, que a lo largo de más de dos siglos y medio no ha tenido más que 9 poseedores; un malericio, por el contrario, parece pensar sobre los sillones «T» y «F» ocupados por muy gran número de titulares a lo largo de su historia, siendo sus últimos titulares respectivamente, Carlos Clavería y Martínez de Campos.

EL ULTIMO UNIFORME. — Elegido académico por votación de los titulares existentes en cada momento, el nuevo miembro ha de ser recibido en el seno de la Corporación, para poder asistir en lo sucesivo a sus sesiones de trabajo, en el acto solemne y público en el que pronuncia su discurso de ingreso

sobre un tema de su especialidad profesional, discurso que es contestado con otro del director o de un miembro adecuado de la Academia.

A estas recepciones y a otras solemnidades que se celebran en la Academia, como la dedicada recientemente a Gustavo Adolfo Bécquer con motivo del centenario de su muerte, suelen asistir muchas personas innumeradas del pueblo de Madrid al lado de conocidas intelectuales y artistas, profesores y estudiantes, elegantes damas y hombres de la política y del gobierno. Algunos monarcas españoles entraron en ocasiones en la anterior casa de la Academia de la Lengua ya trasladada por Carlos IV y Goday del Palacio de Oriente al antiguo Estanco de Aguardiente, en la calle Valverde (hoy sede de la Academia de Ciencias Exactas, físicas y Naturales), donde estuvo durante todo el siglo XIX y a lo largo del cual se sucedieron directores literatos o políticos como el marqués de Santa Cruz, Silva Sarmiento, Cabrera, el duque de San Carlos, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, el marqués de Molina y el conde de Chesto. En estos salones fue recibido académico honorario, el 15 de febrero de 1872, en Embajador del Brasil, don Pedro de Alcántara.

En abril de 1894 se inauguró el palacio actual, conuido a expensas del Estado —su coste fue de 2 millones de pesetas, más o menos lo mismo que un moderno apartamento—, y debido al arquitecto don Miguel Aguado de la Sierra, y bajo su púrtico principal, estilo dórico ateniense —entrada hoy en desuso—, pasaron en señaladas ocasiones reyes y gobernantes de este siglo XX, a lo largo del cual fueron directores de la Academia: Pidal y Mon, Maura, Menéndez Pidal, Pemán, Rodríguez Marín, Asín Palacios, Pemán de nuevo y otra vez don Ramón Menéndez Pidal con su actividad incansable hasta su muerte; siéndolo ahora el poeta Dámaso Alonso, que hace el número 24 de sus directores. Los retratos de todos ellos, debido algunos a pinceles como los de Federico Madrazo, orlan en completa galería diversas estancias de este pequeño palacio.

Hoy día son muy pocos los académicos, antiguos o nuevos, que se presentan a una solemnidad de recepción vistiendo el uniforme de la Corporación ideado por el marqués de Molins en 1847: «Casaca redonda de color castaño, bordada de seda y oro; chaleco y pantalón de casimir blanco, este con galón del mismo metalí sobre o apuntado con pluma rizada, también blanca, y espada con empuñadura dorada de cruz», todo ello con el aditamento de «un cordón verde y oro» colgado al cuello. El último académico al que se le vio puesto fue al comediógrafo Calvo Sotelo. Baroja, ran habitualmente desaliñado de indumentaria y siempre con su buena vasca, hubo de hacer un gran esfuerzo para vestir el frac —traje de ceremonias usual ahora— el día de su ingreso en la Real Academia.

Servicios especiales de EFE

Mañana capítulo III
«20 academias de la lengua, correspondientes de la española, vigorizan y unifican el idioma común en toda hispanoamérica y Filipinas».

En casi todas ellas su lugar propio las mujeres, algo que nunca admitió la Academia Española.



D. Dámaso Alonso, Director de la Real Academia Española. FOTO EFE.